

LA OBEDIENCIA RELIGIOSA EN TEILHARD (En los 25 años de su muerte)

por I. QUILES, S. J. (Bs. As.)

La vida de Teilhard estuvo signada por un profundo drama de su obediencia religiosa. Este drama, que lo desgarraba por dentro, surgió de dos hechos cuya incompatibilidad resulta a primera vista incomprendible.

Por una parte el deseo profundo de Teilhard de servir a la Iglesia, con un amor vital a Cristo y a su Fe; por otra parte el rechazo permanente de las autoridades eclesiásticas, así como las de su Orden, la Compañía de Jesús, que desconfiaban de la ortodoxia de algunas de sus teorías. Este drama lo acompañó a Teilhard hasta la muerte. Por cierto que ha sido ésta una ocasión propicia para que, con frecuencia se tildara a las autoridades de la Iglesia de haber sido excesivamente duras con el filósofo, por haberle restringido la publicación de sus escritos relacionados con la filosofía y la teología, y por haber limitado el campo de su actividad, negándole recibir aun las más altas dignidades académicas a que un filósofo y científico puede aspirar en Francia¹.

1. El hecho

Teilhard murió en 1955, pero el primer eslabón del drama comenzó ya en 1916. Desde entonces y continuamente hubo una profunda tensión entre el jesuita y sus superiores de la Orden y de la Iglesia. Este primer eslabón consistió en el rechazo del primer artículo que Teilhard presentó para la revista "Etudes" de París, autorizada publicación de los Padres Jesuitas franceses. En el artículo exponía Teilhard su primera visión cósmica, a la luz de su teoría de la evolución. Teilhard confiesa haber sentido muy profundamente el rechazo de este artículo y no poder satisfacer las sugerencias que se le hacían para retocarlo.

En 1922 es designado profesor en el Instituto Católico de París, pero pronto se lo saca de este cargo para enviarlo a China, a fin de que allí siguiera con sus trabajos científicos. Su enseñanza en el Instituto Católico de París llamaba la atención por contener ciertas doctrinas extrañas en asuntos dogmáticos.

En 1926-1927 escribe "El Medio Divino", una obra de profunda espiritualidad. Sin embargo, la censura romana es definitivamente negativa en 1932.

En 1933, en vista de que las incursiones de Teilhard en filosofía

¹ Para una más detenida exposición y apreciación de los valores y deficiencias de la concepción de Teilhard, remitimos a los lectores a nuestra obra: *Introducción a Teilhard de Chardin*, Tea, Bs. As., 1975.

y en teología presentaban ciertas ambigüedades y presuntas incoherencias con los dogmas católicos, los superiores de la Orden le autorizaron para que publicara sus trabajos científicos, en lo cual no pondrían ninguna dificultad, pero en cambio debía abstenerse de referencias a temas filosóficos y teológicos. No es raro que Teilhard se sienta acosado por todas partes, imposibilitado para dar a conocer su concepción cósmica de la Evolución y de la Cristogénesis, con la cual él creía llegar a una síntesis coherente y viva entre la ciencia y la Fe.

La estadía en China le permitió realizar importantes trabajos de paleontología, y él confiesa que se sentía feliz cuando descubría o estudiaba un hueso fósil. Pero el científico Teilhard no podía separar la ciencia de la religión, la filosofía del dogma. Tanto sus trabajos de paleontología como sus inquietudes de filósofo y teólogo los encaminaba hacia una concepción del universo, en la cual la unión entre la ciencia y la Fe apareciese más profunda. Teilhard no se satisfacía con una explicación científica de los hechos; o mejor, pensaba que la explicación científica integral requería necesariamente el concurso de la filosofía y de la revelación.

Su obra fundamental "El Fenómeno Humano" fue la que acarreó mayores dificultades a Teilhard. Fue enviada a Roma para la censura, regresó a París y volvió a ir a Roma, pero siempre con resultados negativos de parte de la censura de la Curia romana de la Orden. El mismo Teilhard fue a Roma y, recibido muy amablemente por el Padre General, confiesa que quedó muy estimulado en su vocación y en su fe; pero con resultado negativo para la publicación de su obra.

En virtud de la prohibición de publicar los escritos relacionados con la filosofía y la teología, de los 160 trabajos que escribió, sólo 50 pudieron publicarse en vida de Teilhard. Los demás eran leídos por sus amigos en copias a máquina o a mimeógrafo, que se reproducían, y corrían de mano en mano.

En 1948, otra difícil situación para Teilhard, se le obliga a hacer un gran acto de obediencia. Se hablaba de la candidatura de Teilhard al Colegio de Francia, la institución más autorizada cultural para los sabios franceses, pero los superiores le negaron el permiso para aceptar tal distinción. Esto puede decirse en pocas palabras, pero es de imaginar lo que le costaría a un sabio la prohibición de aceptar ser miembro de la institución científica de máximo prestigio en Francia.

Incluso se lo mantuvo alejado de París, que era el centro de sus relaciones científicas, a partir de 1952, destinado a vivir en los Estados Unidos. Pero la última prueba, tal vez la más dura, fue la prohibición de asistir al Congreso de Paleontología que se iba a celebrar en París el 12 de abril de 1955.

Podemos imaginar fácilmente la sensación de frustración, encierro y casi de humillación que debió sentir Teilhard en esta oportunidad. Dios lo llamó dos días antes de la celebración del Congreso. Teilhard murió repentinamente en Nueva York el día de Pascua de 1955, 10 de abril. Como era de esperar el Congreso de Paleontología le dedicó un homenaje por su excepcional contribución a la ciencia.

Teilhard, fiel a las instrucciones de su Orden, no permitió que durante su vida se imprimiesen sus escritos filosófico-teológicos. Pero, después de su muerte, un grupo de amigos inició, por cuenta propia, la edición de sus obras, las cuales alcanzaron inmediatamente una amplia difusión.

El último acto restrictivo, en relación con el pensamiento de Teilhard, tuvo lugar en 1962, pero esta vez no de parte de las autoridades de la Orden, sino directamente de la Santa Sede. La Congregación del Santo Oficio publicó un *Monitum* (aviso) con fecha 30 de junio de 1962. En él se prevenía acerca de los escritos de Teilhard ya que éstos contenían "ambigüedades" y "graves errores" desde el punto de vista de la doctrina católica. No se señaló ningún error determinado, ni se condenó expresamente ninguna opinión. Sólo se exhorta a los católicos a "prevenirse" de los peligros que presentan las obras de Teilhard.

Tal vez sea difícil encontrar un escritor católico que haya tenido mayores dificultades en la publicación de sus escritos, aunque nunca se lo haya condenado explícitamente. Teilhard era un investigador, un científico de fama mundial, y bien sabido es que la mayor prueba para un hombre de ciencia es que le limiten la comunicación de sus ideas y de sus resultados.

2. Los motivos

Naturalmente que esta actitud negativa y restrictiva de las autoridades de la Orden y de la Iglesia respecto de las ideas de Teilhard tenían su fundamento. El mismo Teilhard daba pie a esas prohibiciones o sospechas acerca de la ortodoxia de sus escritos. La idea central de Teilhard es la de la "unidad cósmica" que se viene cumpliendo por medio de la "evolución". Teilhard es un entusiasta científico y una especie de adorador religioso del hecho de la evolución. El habla ya en sus primeros escritos de la "santa evolución"². Pero al querer aplicar literalmente y con toda estrictez el principio de la evolución a toda la realidad, desde el primer átomo de la materia hasta Dios, tropezaba Teilhard con varias dificultades filosóficas y dogmáticas.

En primer lugar, evolución estricta y creación son incompatibles. El dogma cristiano de la creación del mundo por Dios ("creación" en sentido propio), parecía puesto en peligro por cierta "necesidad", que Teilhard veía en todo el proceso de la evolución y en el acto mismo por el cual Dios crea. De esta manera, toda la creación parece como una especie de evolución del cosmos originada en Dios. Teilhard recurrió a la idea de "creación continuada" como sostén de la evolución, queriendo mostrar así la permanente influencia de Dios en el proceso cósmico. Pero con esto no satisfacía, no ya a las autoridades eclesiásticas, sino ni siquiera a varios de los filósofos y teólogos, amigos y simpatizantes de Teilhard.

² Teilhard de Chardin, *Escritos del tiempo de guerra*, Taurus, 1967, p. 79.

La aplicación de la evolución al caso del hombre presentaba también otro hecho contrario a un dogma católico: el de la creación del alma humana directamente por Dios. Teilhard estaba empeñado en mostrar que el hombre total era el fruto natural de la evolución y a ello destinó su obra principal "El fenómeno humano".

Nada nuevo surgía, según Teilhard con el paso de la evolución de la materia hasta la "hominización". Todo se hizo "sin ruido", aun cuando reconociera que el hombre era superior esencialmente a los animales.

Pero si el hombre provenía de un paso natural de la evolución ¿cómo explicar la "creación" del alma humana por Dios? ¿cómo explicar la "especial acción" exigida para que el alma pueda llamarse creada por Dios, y al mismo cuerpo formado con alguna intervención de Dios?

Con este problema está también conectado el dogma del "pecado original" que produce la caída del primer hombre. Teilhard se esfuerza por dar una explicación que parece mantener dentro del proceso natural toda la caída del primer hombre. Su posición era, por lo menos, "ambigua".

Otro punto que los mismos teólogos amigos de Teilhard reconocían que debía ser objeto de una mayor precisión era su ideal del Cristo universal o del Cristo cósmico. Para Teilhard toda la creación estaba ordenada a la formación del Cristo universal. Mejor dicho, toda la creación se había concebido con el objeto de que llegase a formar el "Punto Omega", el ser más perfecto en el que se unían la humanidad y la divinidad, la materia y Dios, y, por tanto, ese ser era el que desde un principio había animado y seguía animando la evolución. Según esto, el proceso posterior del cosmos no es más que la realización sucesiva, en el tiempo, de la realidad de Cristo en el mundo, hasta culminar en la plenitud del Cristo triunfante. De esta manera, todo Cristo estaba en todo el universo y Cristo mismo era engendrado por todo el universo. Teilhard vibra aquí con San Pablo, pero su explicación parece muy naturalista, dándole un sentido real físico, en vez de mantener el sentido real místico del Apóstol.

En esta idea del Cristo universal, engendrado en virtud de la evolución, se pone en peligro el hecho fundamental para el cristianismo que es la distinción entre la naturaleza y la gracia, entre lo natural y lo sobrenatural, y aun, si se quieren sacar todas las consecuencias, la misma divinidad de Cristo. (Cosa que por otra parte no cabía ni en la mente ni en el corazón de Teilhard).

La encarnación de Cristo no puede concebirse como un hecho "natural" producido por la evolución cósmica, sino como un hecho que está "más allá" de las leyes naturales y que se inserta como una ruptura, o mejor, como una irrupción "superior", aunque no contraria al proceso natural del cosmos y del hombre; sino mejorándolo. De no aclarar debidamente este punto, Cristo aparecería como el resultado de una evolución natural del cosmos.

Sin duda que Teilhard no niega explícitamente ningún dogma, ni, por supuesto, la distinción entre el orden natural y el orden sobre-

natural. Pero su explicación por un proceso evolutivo estricto, parece llevar lógicamente a la puesta en duda de un orden sobrenatural.

Comprenderán los lectores que las autoridades de la Orden y de la Iglesia mirasen con recelo estas elucubraciones, grandiosas por una parte, pero, por otra, envueltas en una especie de niebla, por tener ambigüedades y expresiones inadmisibles... si se toman al pie de la letra; a pesar de las buenas intenciones del autor.

El P. de Lubac, ha señalado ciertas "extrapolaciones" en las fórmulas y aun en el pensamiento de Teilhard, aunque siempre defendió su ortodoxia de fondo.

"Solo se da el aire de desarrollar, en algunos de sus textos una filosofía, diríamos casi una mitología, cuando, en realidad, se inspira ya en verdades innegables de fe".

Esta circunstancia fue la que decidió la permanente objeción de los censores respecto de las ideas filosóficas y teológicas de Teilhard.

3. Actitud de Teilhard

Pero corresponde ahora que veamos la actitud de Teilhard, que muestra por una parte lo complejo de la situación y la necesidad en que se hallaban las autoridades eclesiásticas de llamar la atención acerca de las teorías expuestas por Teilhard. El era un espíritu de gran autenticidad, con una mezcla de inflexibilidad y obediencia, de humildad y energía. ¿Cómo recibió Teilhard estas restricciones a través de cuarenta años a lo que él más amaba, sus ideas, sus intuiciones con las que pensaba prestar el mayor servicio a la Iglesia y a la humanidad? ¿Cómo podían rechazar lo que él llamaba su "evangelio" que ofrecía la verdadera integración entre la ciencia y la Fe, entre el catolicismo y el mundo?

Las reacciones íntimas aparecen con nitidez en la correspondencia del filósofo con sus amigos, ante los cuales se expresaba con plena sinceridad y transparencia.

Ante todo, como es natural, Teilhard se sentía profundamente *dolido* por este rechazo permanente de sus ideas, e incluso de su carrera de escritor y de profesor, truncada varias veces por los superiores.

Se encuentran repetidas *críticas* de fondo a la Curia de los Jesuitas y al Vaticano mismo, porque presentaban un "cristianismo estático", que impedía a los hombres de ciencia, especialmente, pero también a los fieles, comprender y vivir más profundamente los dogmas, y más vitalmente la unión y consumación de todo en Cristo.

Era también explicable que Teilhard sintiera la tentación de *rebelarse* contra las autoridades de la Orden y de la Iglesia Romana, renunciando a su vocación e incluso a su obediencia a Roma. Pero estas tentaciones eran inmediatamente superadas por el espíritu profundamente cristiano de Teilhard, que veía, a pesar de todo, en la Iglesia Romana el lugar en que se realizaba mejor el mensaje de Cristo, y encontraba en su Orden el marco propio para su realización como cristiano. Escuchemos cómo se expresa Teilhard cuando recibe la primera

grave sanción que lo separaba de la cátedra del Instituto y lo enviaba con cierto exilio a China. Esta reacción interior de Teilhard fue sin duda la que mantuvo toda su vida frente a las demás prohibiciones y limitaciones que siempre encontró.

Reconociendo que ha pasado momentos de turbación dice: “Espero, sin embargo, haber llegado a retomar el contacto con el Único Necesario y luego la calma que no tenía yo desde hace un tiempo. He visto claramente lo que estaba ya viendo desde hace seis meses (muy oscuramente), es decir, que para mí no hay en verdad más que una salida posible, es decir, una fidelidad, dominando todo el resto (sin destruirlo), a mi Orden... O bien yo vuelvo a cuestionarlo todo (cosa que yo no puedo hacer, no por temor de las consecuencias, sino por convicción). O bien es necesario que yo tome mi fe con toda su lógica: Ahora bien, ésta me asegura esencialmente que nada me sucederá de parte de Dios que no esté en conformidad con mi Orden religiosa como su intermediaria”³.

Y en carta del 31-12-1926 escribe a otro de sus confidentes: “En ciertos momentos siento de tal manera la impresión de asfixiarme en la atmósfera ‘católica’, siento tan fuertemente sobre mi espíritu el peso del cuerpo eclesiástico, que me siento corrido por relámpagos de rebelión. El glorioso gozo de la rebelión contra lo que asfixia... En realidad no trato de tomar estos pensamientos demasiado trágicamente... Instintivamente, sobre todo desde hace diez años, siempre me he ofrecido a Nuestro Señor como una especie de campo de experiencia, para que se opere en pequeño, la fusión entre los dos grandes amores de Dios y del mundo, fusión sin la cual estoy persuadido que no es posible el reino de Dios”.

Más adelante escribe otra frase dolorosa: “Pero sepa que resulta muy molesto estar siempre amordazado, teniendo tantas ganas de hablar, aunque no fuera nada más que para hacerse corregir y hacer pensar a otros”⁴.

Pero, a pesar de sus críticas y de su dolor, Teilhard mantiene su adhesión incommovible a la Iglesia Católica: “esta prerrogativa reivindicada por la Iglesia Romana de ser la única expresión auténtica del cristianismo no es una pretensión injustificada, sino que responde a una necesidad orgánica inevitable”. Agreguemos una última profesión católica de Teilhard: “Si el cristianismo está verdaderamente destinado, como lo profesa o lo siente, a ser la religión del mañana, sólo podrá serlo por el eje viviente y organizado que es el Catolicismo Romano que puede esperar medirse con las grandes corrientes humanitarias modernas, y asimilarlas. Ser católico es la única forma de ser Cristiano plenamente y hasta el extremo”⁵.

Teilhard vivirá una vida intensa de fe en Cristo y de apostolado

³ Carta del 28-7-1925, citada por B. de Solages en su obra *Teilhard de Chardin*, Privat, Paris 1966, p. 44.

⁴ *Cartas íntimas* de Teilhard de Chardin, notas de H. de Lubac, Dob, Bilbao, 1974, pp. 175-176.

⁵ *Ibid.*, p. 294.

para propagar un amor a Cristo y a la Iglesia integrándola en las legítimas aspiraciones del hombre moderno; De Lubac describe el ideal que Teilhard tenía de lo que es ser cristiano: “Pureza, fe, fidelidad, caridad, dulzura, esperanza...”.

Pero, esta adhesión profunda y consciente a la vocación y a la Iglesia Católica, Teilhard pensaba mantenerla *sin cambiar sus ideas*. Este es uno de los puntos débiles de su actitud. “Cuando el Padre General me hizo saber que debía rehusar toda situación o título que me ofrecieran en París, porque mis ideas no son seguras y porque, a pesar de mi loable docilidad externa, no hacía aparentemente nada por cambiarlas, he contestado a mi Provincial (un amigo) que me despedía de buena gana de todo título, pero que me resultaba imposible cambiar mis ideas, por imposibilidad psicológica y por imposibilidad de conciencia”⁶.

Terminemos con una última cita en la cual, Teilhard, ya en 1918, se confiesa un incomprendido, pero, a pesar de ello, está decidido a seguir a todo trance con sus convicciones. “Hasta ahora, ninguno de mis mejores amigos me comprende a fondo... Debo tener el aspecto absurdo y vanidoso de quien se considera incomprendido. Sin embargo, sin el menor asomo de vanidad, creo que realmente veo algo; yo quisiera que este algo fuese visto... Lo que me tranquiliza es la confianza absoluta en sí en ‘mi evangelio’ hay un rayo de luz, ese rayo de luz brillará de una manera u otra”⁷.

En síntesis, podemos decir que la actitud de Teilhard fue la de una obediencia a los preceptos de sus superiores en todo lo que no fuera el mantenimiento de sus ideas. Rechazó cargos y honores porque los superiores se lo prohibieron, no permitió que se publicasen sus obras porque su Orden no le daba la aprobación, pero repetía que sus ideas no las podía cambiar. Aquí radica una de las fallas de Teilhard, la de no tener la suficiente autocrítica y alguna desconfianza de su propia seguridad, que le permitiera revisar *al menos algunas de sus fórmulas*. Bruno de Solages, gran admirador y amigo íntimo de Teilhard, reconoce que en sus conversaciones sobre ciertos temas teológicos Teilhard no cambiaba ni casi mitigaba sus puntos de vista. “Sería profundamente injusto reprocharle el no haber podido resolver de manera perfecta todos los problemas que él mismo suscitaba. Pero lo que es más de sentir, es un cierto endurecimiento de sus puntos de vista...”.

4. Colofón

En septiembre de 1979 tuve la oportunidad de visitar en París al Padre Henry Lubac, uno de los teólogos más autorizados de la actualidad. El siempre tuvo extraordinario aprecio por Teilhard, al cual dedicó varias obras con apreciación muy positiva de su pensamiento,

⁶ *Ibid.*, p. 294.

⁷ Teilhard de Chardin, *Génesis de un pensamiento*, Taurus, Madrid, 1966, p. 322.

**PENSAMIENTO FILOSOFICO
A PARTIR DE NUESTRA SABIDURIA POPULAR**

Coloquio internacional en París, 26-28 marzo 1981

por J. C. SCANNONE, S. J. (San Miguel)

aunque también con reservas respecto de algunos puntos de vista o fórmulas.

Me decía el Padre de Lubac que ha decrecido entre los filósofos y teólogos actuales el interés por Teilhard. Y agregaba: "Esto se debe a que Teilhard les parece demasiado conservador por su adhesión a la Iglesia". Y puso en mis manos su último libro sobre Teilhard, titulado "Teilhard posthume".

Nos parece de particular interés la información que sobre la forma positiva en que entre varios Padres del Concilio Vaticano II estuvo presente el esfuerzo de Teilhard por dar una visión más vital de la exigencia de la ciencia moderna y su coherencia con las verdades eternas de la fe. Así lo afirmó el ahora Cardenal Garrone, agregando que su "obra estaba formalmente presente en el pensamiento de muchos Padres". Ciertamente hay frases en los documentos del Concilio (*Gaudium et spes* y *Lumen Gentium*) que parecen inspiradas en expresiones de Teilhard⁸.

A pesar de que no faltan críticos que enfatizan y exageran algunos errores de Teilhard, sus ideas atrevidas y sus fórmulas ambiguas, actualmente se tiende más a reconocer el aporte positivo de las grandes intuiciones de Teilhard para acercar el mundo a Cristo y a la Iglesia, que las fallas debidas a su impulso de pionero de la ciencia y la fe.

No queremos dejar de recordar aquí dos párrafos de la alocución pronunciada por el R. P. René d'Ouince S. J. en el funeral celebrado en París el 27 de abril de 1955: "En esta asamblea de oraciones, después de la Misa celebrada por el R. P. Provincial, se permitirá a quien ha sido durante largos años el Superior y amigo del Padre Teilhard, evocar al religioso que ha conocido y amado, que ha venerado con un afectuoso respeto.

... Digo las cosas tal como las veo: El P. Teilhard ha sido de la raza de los grandes misioneros, un de Nobili, un Ricci... de la raza de aquellos educadores del Siglo XVII que pretendían educar a toda la juventud de Europa en la fe de Cristo; émulo de los fundadores de las reducciones del Paraguay que soñaban ingenuamente en realizar en la tierra una imagen del Reino de los cielos"⁹.

Concluiremos con otro testimonio autorizado, el de Monseñor Bruno de Solages, con el cual cierra su obra sobre Teilhard:

"He ahí porque cuando uno trata de situar, retrocediendo en la historia este apasionado de la búsqueda consagrada a Cristo, aparece, más allá del sabio de notoriedad internacional y del prestigioso pensador, como el más grande apologista del cristianismo desde Pascal"¹⁰.

Hace ya varios años trabajan en distintas partes del mundo distintos grupos de investigación sobre filosofía de la religión, auspiciados por la Fundación Fritz Thyssen (Alemania Occidental). En nuestro país un grupo interdisciplinar coordinado por Juan Carlos Scannone S. I. ha estado investigando la relación entre religión, lenguaje y sabiduría popular argentina.

Precisamente del 26 al 28 de marzo varios integrantes del grupo expusieron los primeros resultados de su investigación a colegas profesores universitarios europeos, miembros del así llamado "grupo de París", dirigido por B. Casper (Freiburg i. Br.), e integrado principalmente por profesores alemanes y franceses, entre los que se destacan E. Levinas y P. Ricoeur. La reunión se tuvo en el Instituto Goethe de París. Del Viejo Continente asistieron, además de B. Casper y E. Levinas, los profesores siguientes: O. Laffoucrière (París), M. Olivetti (Roma), A. Peperzak (Nimega), K. Kienzler, S. Müller y H.-J. Görtz (los tres, de Augsburg), P. Hünermann (Münster), J. Reiter y F. Ulrich (ambos, de Regensburg), G. Sauter (Bonn), E. Martínez de Guereñu (Bilbao). Sólo parcialmente pudo asistir J.-L. Marion (París). De nuestro país estuvieron presentes, además de J. C. Scannone, C. Cullen, J. P. Martín, E. Mareque y E. Sinnott. Los trabajos de estos cinco —que intentan pensar filosóficamente a partir de la sabiduría de nuestro pueblo como se da en su vida y en sus símbolos—¹ habían sido enviados y leídos con anterioridad, de modo que los tres días de reunión se dedicaron exclusivamente a su discusión. A ellos se añadió una toma de posición enviada por S. Müller, cuyo título es "Tesis sobre la relación del mito, el lenguaje y el trabajo".

En un primer trabajo breve, de índole introductoria, E. Mareque presentó a los colegas europeos las líneas históricas y culturales fundamentales que explican el peculiar planteamiento filosófico del grupo

¹ Una primera presentación del resultado del trabajo común del grupo argentino puede verse en mi artículo: "Un nuevo punto de partida en la filosofía latinoamericana", *Stromata* 36 (1980), 25-47. Pueden consultarse también mis trabajos: "Religión, lenguaje y sabiduría de los pueblos. Aporte filosófico a la problemática", *Stromata* 34 (1978), 27-42, y, acerca de la incidencia teológica de la misma temática: "Sabiduría popular y teología inculturada", *Stromata* 35 (1979), 3-18.

⁸ H. de Lubac, *Teilhard posthume, Reflexions et souvenirs*. Fayard, Paris, 1977, pp. 149-150.

⁹ H. de Lubac, *La pensée religieuse du Père Teilhard de Chardin*, Aubier, Paris, 1962, p. 371.

¹⁰ B. de Solages, *Teilhard de Chardin*, Privat, Paris, 1966, p. 390.